

pales opiniones que se han dado, sobre el origen del hombre en América.

Algunos autores piensan que los indios descendían de los egipcios, fundándose en las semejanzas que se advierten entre las costumbres de los primeros y de los segundos: como la de construir pirámides, de momificar á los cadáveres, y en ciertas semejanzas entre la combinación de su calendario. Pero hay que confesar que estas semejanzas ó son remotas ó casuales.

Otros quieren hacer descubridores del Nuevo Mundo á los fenicios. Se sabe que éstos eran grandes viajeros y que se distinguieron por sus expediciones navales á lejanos países, y así se dice, que en uno de tantos viajes llegaron á arribar á costas americanas.

No han faltado tampoco quienes sostengan que los habitantes de América tienen su origen en los griegos y los romanos; pero son tan remotas las semejanzas que se han querido encontrar entre estos pueblos con los indígenas de aquí, para pretender fundar esta opinion, que un escritor no vacila en calificarla de absurda.

Vienen despues, y no pocos, los que sostienen la descendencia de los judíos: y ya son los hijos de Noe, ya los hombres cuyas lenguas son confundidas en la Torre de Babel, ó ya las doce tribus cautivas por el rey Salamanzar, las que pueblan á América.

Tenemos escritores que hacen descender á los indios, unos de los malayos y otros de los polinesios. Y hay quienes dicen que los irlandeses hicieron expediciones á la América.

M. Quatrefages, en su libro titulado «L'Espece Humaine,» piensa que el Nuevo Mundo ha sido poblado por las tres razas: blanca, amarilla y negra. Dice que la primera ocupó principalmente el N. O. de América, la segunda diferentes puntos de este continente, y la tercera, es decir, la negra, el Istmo de Panamá, y que á la llegada de los españoles ocupaba la isla de San Vicente, á la entrada del Golfo de México.

La raza negra, en efecto, la encontramos en América desde una época bien remota. Pruebas de su existencia son, una cabeza de piedra que se conoce con el nombre de «cabeza colosal de Hueyápan,» y que tiene todos los caracteres distintivos de la raza etiópica. Se ha encontrado tambien una hacha de *diorita*, que lleva en su parte superior un rostro, cuya semejanza con los de la raza negra es grande. De la raza asiática, ya el sábio baron de Humboldt habia encontrado muchos puntos de similitud con la americana, y á fé que no carecía de razon; pues tanto por sus tipos, su color, la posición de su rostro, como por su lengua monosilábica y su religion, que tiene mucho del budismo, los americanos se parecen á los asiáticos, entre éstos á los chinos.

Estas semejanzas con la raza amarilla, las encuentran casi todos los escritores, y esto ha hecho decir á M. Nadaillac, en su precioso libro «L'Amé-

rique Préhistorique,» que «La América ha sido poblada por razas muy diferentes, de tipos muy distintos, pero que un estudio atento permite conocer sus elementos.»

Y más adelante añade: «entre estos elementos los más importantes en número y en influencia son las inmigraciones asiáticas.»

Hasta aquí, he citado las opiniones más ó menos probables que se han dado sobre el origen del hombre en América; opiniones que descansan en fundamentos más ó menos sólidos. Paso ahora á hablar de dos teorías que á mi humilde entender son las más aceptables; teorías que segun M. Nadaillac se oponen entre sí, es decir, que si se opta por una de ellas debe rehusarse la otra; pero segun creo yo, con todos los respetos debidos á este sábio, sucede precisamente lo contrario, pues ántes encuentro entre ellas perfecta armonía. Me refiero á la existencia de la Atlántida y á la existencia de una raza autóctona en América.

Cuenta Platon en uno de sus diálogos, que cuando Solon estuvo en Egipto, los sacerdotes le refirieron la tradicion que habia sobre la existencia de «una tierra más vasta que el Asia y la Libia juntas, dotada de un aire puro, de un clima dulce, de un suelo fértil; que esta tierra se elevaba más allá de las columnas de Hércules y se extendía á lo largo del Oceano Atlántico. Que más allá de esta tierra habia otra. La primera indudablemente fué la Atlántida, la segunda la América. Dicen que habitaban la Atlántida los *Atlantes*, pero habiendo habido un gran terremoto y una inundacion espantosa, la Atlántida fué sumergida en una noche en las aguas del Oceano. (1)

En efecto, la tradicion de los sacerdotes egipcios es casi una verdad y la existencia de la Atlántida está tambien casi demostrada por la ciencia.

Entre el Africa y la América, y en el Oceano Atlántico se encuentra una sucesion de islas, que se cree son las eminencias ó las cúspides de las montañas que habia en este Continente destruido por un cataclismo; estas islas son las que á continuacion se expresan: las Azores, la de Madera, las Canarias, Cabo Verde, las Lucayas, San Martin, Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, que forman las grandes Antillas; la Dominica, la Guadalupe, Santa Lucia, María Galanto, la Tortuga, la Martinica y la Jamaica, que casi toca las costas de América.

Además, la ciencia ha demostrado y fijado la época en que existió esta Atlántida, por el examen de ciertas conchas marinas que se han encontrado, y segun dicen pertenecen á la época terciaria: así es que la Atlántida existió en esta época. (2)

Veamos ahora la teoría de la raza autóctona.

«El hombre americano es un producto de suelo americano,» ha dicho Simonin. (3)

(1) Nadaillac.—L'Amérique Préhistorique.

(2) Museo Mexicano. Artículo titulado: *la destruccion de la Atlántida.*

(3) Simonin.—L'Homme Américain.